

LA REINA FIEL

MONTSE DE PAZ

LA REINA FIEL



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: abril de 2019

© Montse de Paz, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6334-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 4685-2019

Impreso en España

A mi madre, Montserrat. Gracias por inculcarnos tu amor a la historia y transmitirnos unos valores similares a los que defendía la reina María.

Y a mi padre, Ángel, su apoyo fiel y constante. Gracias por transmitirnos tu amor a la belleza y los valores humanistas que han modelado nuestra historia.

«... car la muller sor és e germana de son marit, e no esclava ne sirventa...»

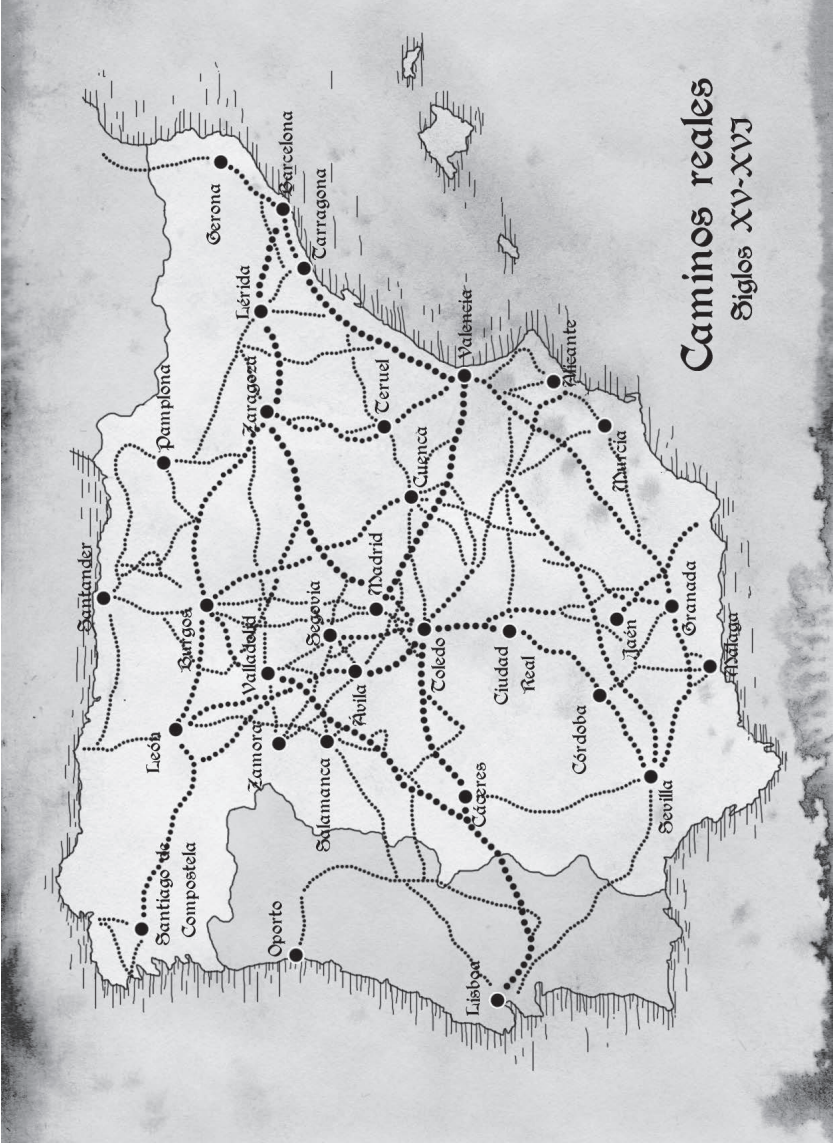
[pues la mujer es hermana y compañera de su marido, y no esclava ni sirvienta],

Francesc Eiximenis, *Llibre de les dones*

ÍNDICE

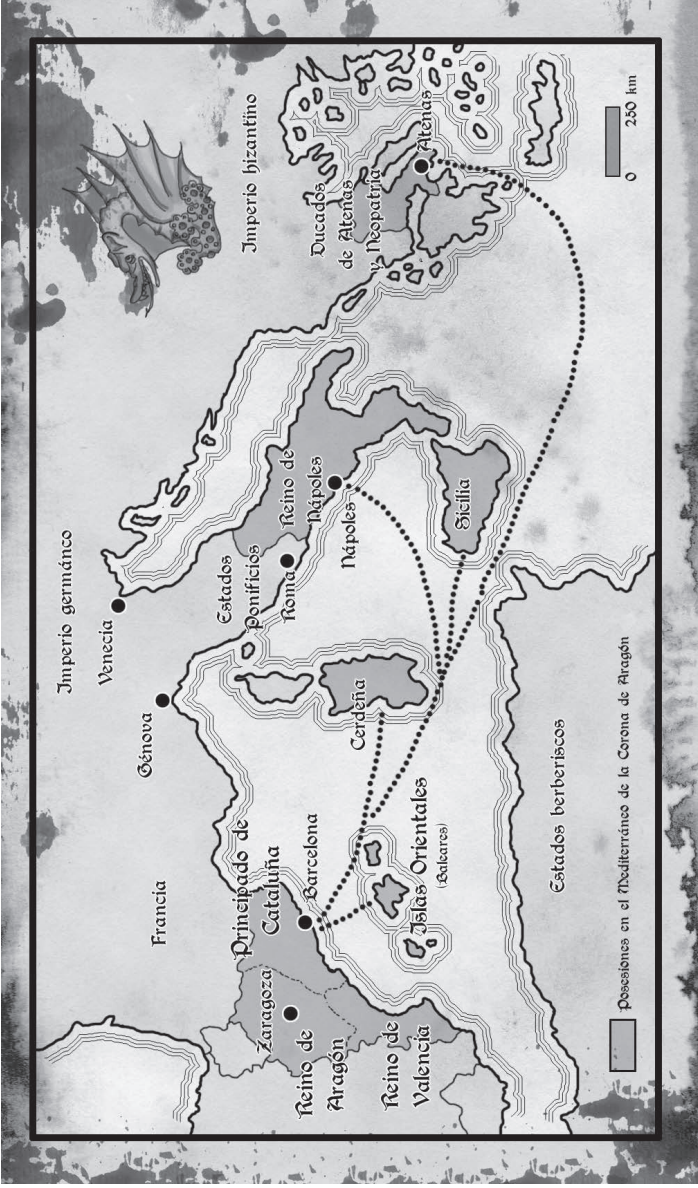
Mapas	13-15
Los Trastámara	16-17
1. El Alcázar	19
2. La rama florida	29
3. De amor y de guerra	35
4. El año en que todo cambió	43
5. Guerras de damas	51
6. El camino de la novia	57
7. El fuego y el mar	65
8. Dos ciudades soberanas	75
9. La danza de la muerte	83
10. Un rey demasiado joven	95
11. Una reina pobre.	103
12. Cortes, un torneo y la sangre	109
13. Pactos de sangre y de guerra	117
14. Dos cortes	125
15. Proa al viento	135
16. Reina de duelo, reina implacable	143
17. <i>Mi fillolo, rey d'Aragona.</i>	155
18. Las virtudes de una reina	163
19. La flota catalana y una guerra de familia	173
20. La guerra de los hombres.	183
21. La guerra de las mujeres	193
22. Fuego en las torres y un santo en Valencia	201
23. Catalina	213
24. Un torneo en el Borne y dos muertes	221
25. En Zaragoza, conflictos de familia y una tregua.	231
26. El hijo	243
27. Terremotos, pactos y una muerte misteriosa.	253
28. Una dama peregrina, la reina esclava y la condesa triste	263
29. Mendicantes, usureros y la mano generosa del rey	271
30. Vientos de guerra	283

31. Una tienda plantada	291
32. Encuentro de hermanos	299
33. La guerra	309
34. La tregua	315
35. Lugarteniente de tres reinos	321
36. Un nido de víboras y una victoria africana.	329
37. Vuelve Catalina, muere un conde y encargo mil cirios	335
38. Condes, un abad y una mora cristiana	341
39. Ponza	349
40. El rescate y una guerra en las cortes	361
41. El poder de una enferma y un toque de campana	375
42. Armadores, príncipes, obispos y el consuelo de las enfermas	385
43. Regente por obediencia	395
44. El patio de Santa Isabel	401
45. Como si fuera nuestro cuerpo	411
46. Piedra movediza no cría musgo	423
47. Princesas de paz, cuñados en guerra	429
48. Consejos de una madre que no es madre	433
49. La conquista de Nápoles	441
50. Año de tinieblas y de luz	447
51. Desamores	451
52. Justicia, brujería, Castilla en fuego	455
53. Guerra, boda y tres muertes sospechosas	461
54. La Trinidad	471
55. Regreso a Barcelona	479
56. La reina y los campesinos	493
57. Cuatro mil caballos, mil ballesteros	501
58. Perpiñán, la reina de Francia y la reina de Italia	507
59. La Busca y la Biga	519
60. Las últimas cortes	529
61. Juan	539
62. Adiós a Castilla	551
63. Constantinopla, la Busca, la última cruzada	557
64. El mundo se tambalea	561
65. Lo que Dios ha unido	567
Epílogo	577
Sobre el origen de esta novela	587
Nota histórica	591
Dramatis Personae	593



Caminos reales

Siglos XV-XVII



LOS TRASTÁMARA

Reino de Castilla

María de Portugal – Alfonso XI – Leonor de Guzmán
(1311-1350)

↓
Pedro I – María de Padilla
(1333-1379)

↓
Enrique II – Juana Manuel
(1333-1379)

↓
Constanza – Juan de Gante
(1340-1399)

↓
Juan I – Leonor de Aragón
(1358-1390)

↓
Catalina de Lancaster – **Enrique III**
(1372-1418) (1379-1406)

↙
Juan II – María de Aragón
(1405-1454)

↘
María – **Alfonso V**
(1401-1458) (1396-1458)

↓
Ferrante de Nápoles

– Isabel de Portugal

↓
Enrique IV
(1425-1474)

↓
Isabel I la Católica
(1451-1504)

↓
– **Fernando II el Católico**
(1452-1504)

En negrita: los monarcas de la dinastía Trastámara.

LOS TRASTÁMARA

Reino de Aragón

Alfons IV – Teresa de Entenza
(1299-1336)



Pere IV – Leonor de Sicilia
(1319-1387)

Joan I
(1350-1396)

Martí I
(1352-1410)

Martí el Jove

Fernando de Antequera – Leonor de Alburquerque
(1380-1416)

Juan II – Blanca de Navarra
(1398-1479)

Carlos de Viana
– Juana Enríquez

1. EL ALCÁZAR

Soy María, primogénita de Castilla, hija del rey Enrique III de Trastámara y la reina Catalina de Lancaster. Y, si no fuera porque después de ti nació tu hermano Juan, solía añadir Mom, el día de mañana serías la reina de Castilla.

Esto decía Mom cuando yo era pequeña, y lo repetían el ama y las doncellas, mirándome con aquella mezcla de respeto y lástima. Entonces Catalina, mi hermana, se acercaba, celosa. ¿Y yo, Mom? Tú, decía nuestra madre, acariciándole la mejilla sonrosada, tú eres la más bella.

Catalina sonreía. Yo era la mayor, pero ella era la más hermosa. Y la que recibía los halagos y las caricias mucho más a menudo que yo. Quizá mi cara alargada y mi gesto grave, impropio de mi edad, desanimaba a las ayas o no las invitaba a ser cariñosas conmigo. Mom se percataba; imagino que debía verme alicaída y entonces me tomaba del mentón y me hacía levantar el rostro mientras me miraba con seriedad. Tú siempre impones respeto, hija, decía. Y eso está bien. Para una reina más vale ser respetada que lisonjeada.

Vivíamos en el alcázar de Segovia, donde nacimos Catalina y yo y donde pasamos buena parte de nuestra infancia los tres hermanos. Es un palacio fortaleza, señorial y coronado por torres y almenas, encaramado a una roca que domina la ciudad. Por fuera la piedra es cálida y los patios están llenos de luz, pero por dentro es frío como una cueva de hielo y cuesta calentar las salas inmensas y las alcobas. El ala pública, el palacio azul, es donde se celebran los banquetes y las recepciones. El suelo está pavimentado de alabastro y las paredes estucadas de color celeste y plata. En una galería que da al patio se encuentra lo que Catalina y yo llamábamos la fila de re-

yes. Son estatuas de todos los reyes de León y Castilla, recubiertas de oro. Cuando éramos muy pequeñas, nos impresionaban; años después, jugábamos entre las imágenes y simulábamos diálogos con ellas. Algunos rostros eran amables, otros severos y otros nos daban miedo. Allí estaba el rey Fernando III el Santo, espada en mano, que conquistó Sevilla a los moros, y Alfonso X el Sabio, con su semblante sereno y la larga cabellera, sosteniendo un libro abierto sobre el regazo; ellos eran nuestros favoritos. Nos impresionaba el rostro firme de Alfonso VI, que había unido los dos reinos de Castilla y León. También estaba Pedro I el Cruel, último de un linaje maldito antes de que subiera al trono nuestra estirpe, la de los Trastámara. A este lo detestábamos y no le compadecíamos en absoluto la mala muerte que sufrió, durante una guerra y apuñalado a traición, según nos habían explicado las ayas. Con todo, era el abuelo de Mom, así que evitábamos hablar de él. Pedro el bisabuelo era uno de aquellos temas prohibidos en las conversaciones de palacio... Las últimas figuras eran la del otro bisabuelo, Enrique, y la del abuelo Juan, con los rasgos afilados característicos de nuestra familia. Los reyes difuntos observaban sin perder la dignidad a las dos infantas rubias que gesticulaban ante ellos.

En la zona privada todo era más hogareño y acogedor. Por todas partes había alfombras, cortinas y tapices que cubrían el frío de las paredes. En invierno, los muros rezumaban humedad y siempre olía a humo de leña, a caldos y estofados. El olor subía de la cocina mezclado con el hedor de los perros y la fragancia del pan cocinándose en los hornos. En verano se estaba mucho mejor, pero solíamos pasar unas semanas en Valladolid, Toledo, Tordesillas o Medina del Campo, acompañando a nuestro padre allá donde se reunieran las cortes. Mom siempre protestaba, porque era entonces cuando se vivía mejor en el alcázar. Por los patios y las galerías corría un aire que agitaba los tapices y las cortinas. A menudo subíamos a la torre grande, Catalina y yo, con las doncellas y las ayas. La brisa nos despeinaba cuando, pequeñas, todavía no nos recogían el cabello bajo las cofias y los velos. Lo recuerdo bien porque el sol lucía sobre nuestras cabezas y arrancaba chispas de oro de los bucles de Catalina..., y también de mis mechones de rubio pálido. Entonces me ilusiona-

ba pensando que, si mi pelo era tan brillante como el de mi hermana, quizás toda yo también podía ser igualmente bella. Me gustaba correr entre las almenas, detenerme, soñar despierta y cerrar los ojos bajo el sol veraniego que tostaba los campos de Castilla; sentir el viento seco en la mejilla, abrir los ojos de nuevo y ver las tierras extendiéndose hacia lo lejos, de un ocre dorado contra aquel cielo de un azul intenso, como los colores de un pendón nobiliario. Al sur se alzaba la sierra, una sombra violeta contra el cielo. A los pies del alcázar crecía un bosque y el río discurría oculto bajo una bóveda frondosa de olmos y chopos. Ésta es vuestra tierra, suspiraba Mom las pocas veces que se animaba a subir a los terrados. ¡Tan firme como áspera! ¡Ah, si hubierais visto los campos de mi Bretaña, tan verde, tan rica! Al estar tan gruesa le costaba subir los escalones, siempre tenía que apoyarse en una camarera y llegaba resoplando. Después, como le llevaban una silla de brazos para reposar, llena de cojines, y allí arriba se estaba fresco, no quería bajar. Catalina y yo tampoco queríamos abandonar aquel reino de las alturas, donde todo parecía tan cerca y tan lejos a la vez. Nos escabullíamos de entre los brazos de las ayas, reíamos y saltábamos a su alrededor.

El alcázar era nuestro hogar, pero también era un campo de juegos y un lugar de misterio y descubrimientos. Catalina y yo lo explorábamos y nos gustaba ir, sobre todo, allí donde nunca nos llevaban. Las estancias de nuestro padre, los despachos, las alcobas donde a menudo se alojaban nobles, obispos o delegados de otros reinos. Una vez nos riñeron mucho porque nos encontraron en el archivo, revolviendo pergaminos y dibujando con las plumas. Catalina se asustó y vertió la tinta de un frasquito sobre la mesa, los papiros y su preciosa falda. ¡Qué desastre! Recuerdo que rompí a llorar: ya no podría llevar más aquella falda que tanto le gustaba. Le pregunté al ama si no se podía lavar y nos dijo que no, y que una princesa jamás puede ir manchada, así que la falda, que era nueva y de tejido muy fino, fue a parar a manos de la hija del montero mayor. Desde aquel día, Catalina le tuvo ojeriza a la niña.

Las amas nos perseguían y nos regañaban, y Mom suspiraba y su rostro se contraía en una mueca de disgusto cuando le explicaban nuestras aventuras. Pero el enfado le duraba poco, y Catalina

y yo sonreíamos con disimulo. El pequeño Juan nos seguía a todas partes siempre que podía escapar de sus criados. Como era el heredero de la corona, tenía su propia alcoba y un servicio aparte para él solo, pero todo lo abrumaba. Se aburría y quería venir con nosotras, con las «tatas» todo era más divertido. En los juegos yo siempre llevaba la voz cantante, Catalina liaba la troca y Juan nos seguía como un perrillo faldero. Quería mandar, pero nosotras no lo dejábamos y a veces se irritaba. Corría hacia Mom lloriqueando: ¡Soy el rey! ¡Y no me hacen caso! Mom le acariciaba la cabecita con aire resignado, murmuraba algo en inglés y luego nos miraba a Catalina y a mí, con aquella complicidad femenina que las tres entendíamos muy bien. Sí, hijo, el día de mañana tú serás el rey. Entonces podrás mandar.

Papá me quería. Murió cuando yo tenía sólo cinco años, pero conservo algunos recuerdos de él, pocos pero precisos. A veces me dejaba entrar en su despacho, me sentaba en una silla alta a su lado y se ponía a leer cartas o a escuchar a su secretario mientras se las leía. Después, dictaba documentos y decretos. El secretario escribía a una velocidad que se me antojaba prodigiosa. La pluma arañaba el papiro y a mí me crujían los oídos cuando escuchaba aquel rasguñar del cálamo con la punta de plata. De tanto en tanto el secretario se detenía para mojar la pluma en el tintero. Casi nunca le goteaba y el papel se iba llenando de renglones caligráficos. Papá dictaba muchas cartas, pero también hablaba con sus consejeros, con el secretario y con don Alonso, el tesorero. Cuando venía éste, papá siempre fruncía el ceño y se mostraba preocupado. El dinero, siempre el dinero, decía Mom, cuando yo se lo explicaba. Siempre nos hace falta más. Ah, en Bayona no teníamos este problema. Otros sí, pero no éste... ¡Y mira que son ricos estos malditos castellanos!

Yo veía al secretario anotar listas muy largas de bienes y cifras que me parecían elevadísimas. Entonces le preguntaba a papá: ¿Es mucho? No, hija, es muy poco, respondía. Yo contaba. Mil vellones de lana merina... ¿era poco? ¿Poco para qué? Después doña Juana, mi aya, me lo explicaba mejor. Señora, para una corte como la de

Castilla mil vellones no llegan a dos mil doblas de oro. ¡Mantener la casa del rey ya cuesta más de diez mil en un solo mes!

El dinero, las rentas, los préstamos y las mercancías. Todo eran misterios que después han pasado a formar parte de mi vida y ahora los llevo clavados en mí, como agujones que se resisten a soltarse. Hija, tienes que aprender a administrar bien tu casa, me decía papá. Y me acariciaba la mejilla. Él no me comparaba con nadie ni me veía más o menos bella. Creo que confiaba en mí. Una vez me explicó cierto asunto y, cuando terminó, me miró muy serio. A veces hemos de tomar decisiones que no nos gustan, me dijo. Pero son necesarias. No se lo digas a Mom, ¿de acuerdo? Le daríamos un disgusto y no vale la pena. Ya tiene bastante. Yo asentí, prometiendo guardar el secreto. Y aquel día regresé a nuestras habitaciones, las de la reina y las infantas, sintiendo una íntima comunión con papá. No se lo expliqué a nadie, ni siquiera a Catalina, con quien cada noche compartía secretos cuando nos tapábamos bajo la manta de lana merina y las sábanas de lino perfumadas con espliego. Aquel día maduré. Y comprobé, observando a Mom, que sí, ella ya tenía bastante.

En realidad, Mom siempre parecía disgustada o triste por algún motivo. Aunque era alta y gruesa desprendía un halo de fragilidad, como si le pesaran aquellos miembros tan grandes de carne blanda. Pero a veces se reía, sobre todo a la hora de la cena, cuando había festejos o invitados, y cuando se sentaba a la mesa. Mom se levantaba muy tarde, decían las amas que tenía la salud delicada y nunca la veíamos antes de mediodía. Algunos días tenía mejor aspecto, sonreía y se mostraba animada. Otras veces tenía una palidez espantosa, le costaba moverse e íbamos a besarla a su butaca. Mom se vestía con mucho esmero, siempre iba bien peinada y enjoyada y se ponía un perfume inconfundible; podíamos adivinar que estaba cerca por aquella fragancia de jazmín y almizcle, fuerte y dulce a la vez. El aliento le olía a agrio, un olor extraño que a veces me escocía en los ojos. Un día se lo comenté a doña Juana y me riñó. Es porque está enferma, me dijo. Pero nunca nos decían qué enfermedad era exactamente aquélla.

La verdad es que Mom vivía triste. Nunca nos atrevíamos a preguntarle por qué. Un día doña Juana nos dijo que era porque

sentía añoranza. ¿De qué?, quisimos saber. De su tierra, respondió ella. Nunca ha regresado allí desde que se casó con vuestro padre, nuestro señor el rey. Mom nos hablaba a menudo de Inglaterra y de Bayona, donde vivió casi toda su juventud. Para nosotros Inglaterra era un país lejano, que estaba en guerra con Francia desde hacía muchos años y de donde procedía la familia del abuelo, Juan de Gante, padre de Mom. Alguna vez nos enseñaron los mapas que había en el despacho de papá. Una isla en forma de cono alargado, llena de cabos y bahías, salpicada de castillos y casitas con nombres extraños sobre una superficie pintada de colinas verdes y surcada de ríos.

Cuando papá murió no recuerdo si lloré o no. Sólo tenía cinco años, pero sí me acuerdo de que experimenté una sensación de vacío y abandono, aunque vivía en medio de una corte y nunca estaba sola. Catalina no entendía nada. ¿Nunca más volveremos a ver a papá?, preguntaba. No, hija, decía Mom, sonándose la nariz con el rostro enrojecido, entre suspiro y suspiro. Aquellos días se puso más enferma todavía y la boca leapestaba más que nunca. Ni ella ni yo ni mis hermanos pudimos ir al funeral de papá, que murió en Toledo. Pero nuestra madre encargó muchas misas y se celebró una muy importante en la catedral. De aquella misa sólo recuerdo el gentío inmenso, que había muchos sacerdotes celebrando en torno al altar y todos iban con mitra y capas de pieles. Recuerdo el incienso formando una niebla que subía hacia las bóvedas, y la procesión por las calles, con toques de trompeta y tambores. La música era quejumbrosa y extraña, y con las campanadas solemnes de la catedral me ponía la piel de gallina. Catalina y yo íbamos con vestidos de terciopelo negro, igual que Mom, pero ella se puso sus mejores joyas.

La muerte de papá provocó un revuelo en palacio. Catalina y yo éramos conscientes a medias. Además de la ausencia de papá, hubo otros cambios. Doña Mencía de Estúñiga sustituyó a su madre, doña Juana, que hasta entonces había sido mi aya. Fue entonces cuando asignaron un servicio propio a mi hermano, como nuevo rey, con sus instructores y camareros, y se trasladó a las estancias que

habían sido de papá, aunque era aún muy niño. Mom parecía muy enfadada y la recuerdo nerviosa, discutiendo, y a veces gritando, con sus damas. Cuando se enojaba mucho terminaba hablando en inglés. Catalina y yo queríamos saber qué decía y las ayas nos replicaban que no era necesario entenderlo, que eran «palabras feas». La única persona que conseguía calmar a nuestra madre era doña Leonor López de Córdoba. Ella y Mom eran muy amigas y doña Leonor la aconsejaba, aunque creo que nuestra madre no siempre la escuchaba. Soy la reina, protestaba. Hasta que mi hijo no tenga la mayoría de edad, aquí soy yo quien manda.

El problema, y lo supe más tarde, es que papá dispuso ciertas cosas en el testamento que no gustaron a nuestra madre. Ella era mayor, venía de una familia muy rica, los poderosos Lancaster que dominaban Inglaterra y media Francia, y consideraba que las decisiones de su marido no eran las más acertadas. Entre ellas, todo lo concerniente a mi hermano, el príncipe heredero y sucesor al trono de Castilla.

El tío Fernando fue designado por papá como corregente y cotutor del pequeño Juan. Y esto enfureció a Mom. ¿No basto yo, la madre, para educar a mi hijo y ocuparme de él? Catalina y yo escuchamos una sarta de palabras en inglés dedicadas al tío, y alguna más a la tía, doña Leonor de Alburquerque, su esposa. Tía Leonor era la mujer más rica de Castilla.

Cuando el tío Fernando vino a Segovia para tomar posesión de sus cargos, Mom ordenó cerrar las puertas de la ciudad. ¡No entrará si no es de rodillas!, gritó ante su consejo de nobles. Aquellos días salía de sus estancias más temprano, siempre ataviada con sus vestidos más elegantes, cubierta de joyas y bien erguida. Se movía con brusquedad y un día, en su apresuramiento, se pisó la falda y tropezó. Cayó de bruces y comenzó a sangrarle la nariz. Las camareras lograron levantarla con mucho esfuerzo, pero Mom se negó a retirarse y ocupó su lugar en el trono que había sido de papá, en el salón del consejo, con un montón de pañuelos que se iba aplicando a la herida.

Mom sabía ser enérgica cuando quería, y lo demostró bien entonces. El tío Fernando tuvo que alojarse en una posada en las afue-

ras y sólo entró en el alcázar cuando ella quiso. Después de varios días de discusiones llegaron a un acuerdo. El tío se mantenía como regente y tutor del infante Juan, junto con la reina madre, pero los instructores nombrados por papá renunciaron a su cargo a cambio de una indemnización. Quince mil florines cada uno. Sí, dos mil florines eran bien poco, pensé, cuando oí que lo comentaban las amas. Pero quince mil... ¿De dónde salía tanto dinero? Catalina y yo espiábamos cuanto podíamos. Una vez, doña Mencía nos sorprendió escondidas detrás de la puerta del salón, entre tapices. Pero en vez de regañarnos nos hizo una señal de silencio y, tomándonos de la mano con firmeza, se quedó allí, con nosotras, escuchando.

Mom encargó a los orfebres una imagen de papá para colocarla en la galería de los reyes. Una vez que la instalaron, tomé por costumbre ir a verlo. Iba sola, a la hora de la siesta, y me gustaba quedarme mucho rato mirándolo en silencio. Creo que fue entonces cuando lloré su muerte. Al principio se me hacía extraño ver los rasgos angulosos y metálicos de la estatua. Después le fui encontrando la semejanza. Las ayas decían que Catalina era más Lancaster, como nuestra madre, dulce de rostro y de facciones suaves. En cambio, yo era Trastámara, como papá, con la cara larga y la nariz afilada. Entonces me gustó parecerme a él. Empecé a hablar con papá, a la estatua. El fraile que nos enseñaba doctrina cristiana nos decía que estaba en el cielo, con Nuestro Señor Jesucristo y la santa Virgen María. Que el cuerpo se hace polvo en la tumba, pero que el alma siempre vive y sube a las alturas celestiales. Las ayas también nos hablaban del infierno, para asustarnos cuando nos portábamos mal. Cuando Catalina le preguntó al fraile, él nos aseguró que papá había sido un buen rey, un buen esposo y un buen padre. Por tanto, estaba en el cielo.

Yo nunca lo dudé. ¡Qué poco llegué a conocerlo! Años más tarde supe de los muchos conflictos que tuvo que afrontar en su breve reinado, y me cuestioné si algunas de sus decisiones habían sido las más acertadas. Pero cuando eres niña, y eres amada, jamás piensas que tu padre pueda equivocarse. Aún conservo las pocas palabras que recuerdo de él como perlas preciosas. Aquellos momentos en su despacho. El secreto que Mom no tenía que conocer para no dis-

gustarse... Papá estaba en el cielo. Pero cuando iba a la galería de los reyes creo que su alma descendía, al menos durante un breve tiempo, para meterse dentro de la estatua y escuchar a su hija. Así lo creía, hasta el punto de que una vez me pareció que la faz dorada se movía y sus labios dibujaban una leve sonrisa.

Un día Catalina me vino a buscar. No sé por qué me enojó mucho que me descubriera hablando con papá. Le chillé. Después ella me siguió por todo el palacio, sollozando. No quiero, le dije, ¡no quiero que me persigas cuando quiero estar sola! Catalina no entendía nada. Las ayas, cuando me vieron gritándole, la defendieron. Siempre la defendían. Yo era la mayor y tenía que ser sensata. Ella era la pequeña..., pero también la más bonita, la preferida, la niña de los ojos de todas. Ella era la hermosa, la alegre, la llena de salud. Siempre ha sido así. En cambio, yo, fea y enferma, la he visto morir antes. Sólo Dios sabe por qué. A veces pienso que continúo viviendo porque todavía estoy enamorada. ¡Qué loca soy! Pero esta locura me mantiene viva.